

VUELTA AL MUNDO

Portoalegrinas (3)

Partidos y movimientos sociales son dos actores necesarios y complementarios para la izquierda



TONI COMÍN

Durante los últimos cuatro años Cataluña ha destacado por sus movilizaciones sociales: referéndum de la deuda externa (marzo 2000), contracumbre del Banco Mundial (junio 2001), manifestación con motivo del Consejo Europeo (marzo 2002), y el millón largo contra la guerra de Irak (febrero 2003). Los movimientos sociales han irrumpido como un nuevo actor político, difícil de delimitar, pero al que inevitablemente, desde los actores políticos tradicionales (partidos y sindicatos) hay que tener en cuenta. Hay quien habla de "vieja política" frente "nueva política". Quizá sí hay un determinado sesgo generacional entre ambos actores: los jóvenes que descubren las grandes causas hoy se apuntan a redes sociales, no a partidos. Mientras, los partidos quedan en manos de las generaciones que entraron en política, siendo también jóvenes, en la Transición. (Discúlpese, si acaso, la generalización simplificadora).

"Vieja política" frente a "nueva política" no puede querer decir, aunque ésa haya sido una tentación para los movimientos sociales, algo así como: "Los partidos políticos tradicionales, aunque sean de izquierdas, están acabados". Ante el maximalismo de quien cree que se puede mejorar la democracia al margen de las instituciones, la tentación antagonista de los partidos, igualmente equivocada, ha sido: "El idealismo romántico de los movimientos sociales es adolescente y estéril". Pero lo valioso es entender las potencialidades (muy distintas) de uno y otro actor, encajarlas, reconocerse mutuamente y crear sinergias.

¿Cuáles son estas sinergias? Los movimientos sociales no se presentan a las elecciones, los partidos sí. Esto genera tres "diferencias estructurales" muy importantes. 1) El espacio. Los partidos tienen una visión determinada por el alcance de su electorado, por lo cual su lectura de los problemas mundo tiende a ser más fragmentada, delimitada a su ámbito nacional, por más que reconozcan el peso creciente de la interdependencia. Los movimientos

sociales, libres de esta limitación, pueden tomar como "objeto de interés" el mundo en su conjunto. 2) El tiempo. Los partidos, impulsados por su adecuación institucional, piensan los problemas sociales de legislatura en legislatura, es decir, a corto plazo; los movimientos sociales, en cambio, los pueden pensar a largo término. 3) Los valores. Los partidos tienden a organizar su reflexión y su trabajo programático en función de los intereses de la gente, que muchos veces son muy legítimos, pero que no siempre se corresponden con los mejores valores democráticos; los partidos tienen que contar, por decirlo de algún modo, con las "bajas pasiones" de la gente. Los movimientos sociales, en cambio, pueden apelar a los principios éticos que a menudo incomodan a la gente, sin riesgo de perder las elecciones, porque no se presentan a ellas; pueden decirle a la

Las redes sociales estaban mejor preparadas que los partidos para plantar cara al globalismo neoliberal

gente lo que no quiere oír, pero que toda sociedad democrática debería asumir, puede apelar a las "altas pasiones" de la ciudadanía, aun cuando entren en contradicción con sus intereses. La contradicción entre intereses y principios, por decirlo así, está en el interior de cada ciudadano, y sólo quien no depende de los electores, puede hacer con toda libertad de conciencia crítica de su sociedad.

Cuando la globalización neoliberal empezó a devaluar la regulación democrática de la sociedad mundial, fueron los movimientos sociales, y no los partidos políticos, los que lideraron el proceso de construcción de una sociedad civil global crítica, representada en el Foro Social Mundial. Es cierto que esta sociedad civil mundial a todos acoge: redes informales, ONG locales e internacionales, sindicatos, partidos, centro de estudios, agrupaciones de profesionales o movimientos religiosos de base. Pero, ¿por qué esta sociedad civil mundial que, a nivel programático, en muchos casos no va más allá de

una suerte de "socialdemocracia global", ha sido impulsado por los movimientos sociales y no, por decir algo, por la Internacional Socialista? No es casual. Los problemas del mundo global requieren una visión global, una perspectiva a largo plazo, y un anclaje sólido y resistente en los mejores valores democráticos. En los tres puntos, los movimientos sociales tenían ventaja.

De entrada, pues, diríase que los movimientos sociales estaban estructuralmente mejor preparados que los partidos para plantar cara al globalismo neoliberal. Sin embargo, por sí solos están incapacitados para llevar adelante las reformas que permiten construir la alternativa. Las reformas que, a gritos, pide el mundo hoy sólo se pueden hacer desde o, el menos, con la instituciones: desde los Estados o las organizaciones internacionales. La responsabilidad "inicial" de la alternativa, su lanzamiento, ha estado en manos de los movimientos; pero la responsabilidad "final", su concreción, está en manos de los partidos. ¿Por qué, sino, hubiera Lula despertado la esperanza que despierta?

Alguien ha dicho que la izquierda es cómo un escalador que avanza con dos cuerdas. La cuerda de seguridad, que sirve para fijarse bien en la pared de la montaña, avanza con paso corto, pero no falla; son los partidos. La cuerda de lanzamiento, la que se arroja con riesgo pared arriba, avanza con paso largo, pero unas veces engancha y otras no; son los movimientos sociales. Éstos pueden hacer la "pedagogía de izquierdas", la "pedagogía de los valores", que los partidos, ocupados en gobernar, difícilmente hacen. Pero ambas cosas, gobierno y pedagogía, son necesarias para un proyecto de izquierdas. Los partidos son el "cuerpo" de los cambios hacia un mundo más justo; los movimientos sociales, con su capacidad para plantar valores en las conciencias como quien planta semillas, son su "alma". Las instituciones son el cuerpo de la democracia: un cuerpo sin alma, una democracia sin sociedad crítica, desfallece. Pero un alma sin cuerpo, los valores de izquierdas sin instituciones que los apliquen, ¿hasta dónde llega? □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE